

Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos

modalidad virtual

ISSN 2525-0604

12, 13 y 14 de agosto, 2020.

Lejos (tan cerca): cuando las preguntas desde afuera nos traen de vuelta a lo que vinimos

Gretel Schneider

FCEdu, UNER – Paraná, ER

gretel.schneider@uner.edu.ar

A principios de 2015 comencé el trabajo de campo para mi tesis doctoral en una escuela de la modalidad Educación en Contextos de Encierro que funciona en la misma cárcel en la que ya venía participando como docente extensionista en talleres de comunicación comunitaria, desde hacía 10 años.

Como conocía a algunas personas y tenía el rapport necesario para entrar a las dos instituciones -la cárcel y la escuela-, algo que no es menor al momento de arrancar un TC, pensé que nada podría salir mal. Lo que no tenía en cuenta es que la mirada desde la función de extensionista -y los registros elaborados desde ese lugar- no respondían exactamente a las mismas preguntas -aunque se le parecieran mucho-.

En esta ponencia compartiré sobre la importancia de la mirada de otros desde afuera, en este caso de mi directora, para tomar distancia cuando ya estamos íntimamente vinculados con los sujetos y las instituciones que son nuestro objeto, para poder volver a construir un mismo vínculo desde otro lugar y para poder clarificar una y otra vez los objetivos de la investigación.

En este trabajo voy a compartir tres momentos de mi experiencia realizando una etnografía como tesis doctoral sobre la educación en contextos de encierro, en las que mi directora, Patricia Fasano respondió con preguntas a mis preguntas en momentos en los que me encontré perdida o bien, acorralada, y me sirvieron para inteligir en algunos momentos e ir “recalculando” en otros e ir tomando nuevos atajos en los vínculos del trabajo de campo y para el proceso de escritura.

Quizás este relato coincide con las vivencias de quienes han incursionado en la etnografía como perspectiva, sin embargo considero válido compartirlo a modo de recuperar y reflexionar sobre el

proceso de producción como proceso educativo y para alentar a la importancia que tiene abrir o disponerse a recibir colaboraciones para poner en diálogo y encontrar salidas a los laberintos a los que nos lleva el TC.

Si bien, el trabajo de quien dirige un proceso de aprendizaje (y para la acreditación de una formación) es guiar, orientar y facilitar el análisis durante el recorrido, los aportes de mi directora fueron no sólo de quien está educando y contribuyendo a “producir conocimiento” sino de quien, de alguna manera, se encontraba conmigo mirando y leyendo mi propia experiencia etnográfica.

Mis primeros registros como etnógrafa

Nuestro trabajo de tesis doctoral consiste en una etnografía acerca de la educación en contextos de encierro, a partir de la experiencia de la Escuela Primaria de Jóvenes y Adultos N° 27 “Vicente Fidel López” que funciona dentro de la Unidad Penal N° 1 “Juan José O’Connor” de Paraná, Entre Ríos. Realicé el trabajo de campo en la escuela en los ciclos lectivos de 2015 y 2016, pero mi historia en esa cárcel de varones se remonta a fines del año 2005 cuando integré un equipo de docentes y estudiantes universitarixs que comenzamos a facilitar talleres de comunicación comunitaria.

El taller surgió entregado a los deseos de sus participantes y atado a esas condiciones: sin manuales ni recetas; comenzó siendo producto de la relación que se establecía allí entre ellos (esos otros) y nosotros, entre sus palabras sueltas y nuestra escucha. Esa relación nos atrapó como un pulpo e hizo que encontráramos un lugar —como quien encuentra un sitio para sentarse (o para sentirse) a gusto— que por su lógica y demanda permitía inventar estrategias de acción de forma colectiva y jamás repetir la dinámica, por los desafíos del contexto, que son una invitación constante a la reflexión, y por la crudeza de la realidad que —a la vez que descompone— nos hace creer que con nuestro trabajo estamos aportando algo a la justicia social. Más aún porque en un ámbito cambiante, abrumador, complejo y a simple vista desalentador, había muchas personas que encontraban alegría en el taller de comunicación, y no era solo algo que decían sino algo que vivían, que experimentaban, como lo hacíamos nosotros.

El registro etnográfico fue una herramienta que nos fue iluminando el camino y nos permitió aprender sobre la vida en prisión, pero sobre todo escuchar y planificar los encuentros a partir de esa escucha. Cuando registrábamos, siempre al volver a nuestras casas, hacíamos circular esos registros al interior del equipo para amplificar lo que cada unx había visto.

Arrancar un TC para la tesis con ese ejercicio, entre algunos actores que ya conocía y ya me conocían a mí, sería muy fácil ¿qué podría salir mal?

Los primeros meses yendo a estar en la escuela pasé muchas horas escribiendo lo que veía, lo que sentía con la consigna de Patricia, mi directora, de: no leer libros ni artículos teóricos mientras se hace observación participante. Siguiendo esto a rajatabla, temía ir al campo a buscar las nociones tan clásicas como intensas de quienes han estudiado el mundo carcelario y que no me dejaran ver otras cosas, esas otras cosas que quería ver, desesperadamente.

Por esos días le envié a Patricia las primeras 100 páginas de mi cuaderno de campo, de eso que yo consideraba escritura en detalle, descripción densa de cada una de las cosas que veía y escuchaba.

Un párrafo decía lo siguiente:

Entrando por el pasillo que da a las aulas me encontré con Leo López, del pabellón 2 que va a la secundaria. Estaba junto a otro pibe, lo saludé también y me presenté. Leo me preguntó cuándo volveríamos con las actividades, le comenté que sería el próximo martes. ¿Descuenta? -me preguntó su compañero-. No, le respondí.

Los comentarios al margen de Patricia fueron: “¿Quiénes son? ¿Qué hacen ahí? ¿Por qué lo de “descuenta”? ¿A quién le estás escribiendo?”

No fue sino esta última pregunta la que me sacudió y tuve el primer cimbronazo del TC. No sólo seguía metida en el código del equipo extensionista y escribiendo para lxs compañerxs universitarios con quienes facilitábamos los talleres, sino que como comunicadora social, se me había escapado la cuestión del destinatario: estaba ahora escribiendo para una tesis y para ese nuevo proceso de conocimiento iba a tener que alejarme de todo lo que me parecía conocido y extrañarme y explicar, o deconstruir lo que ya me era natural, para un lector imaginario a quien pensé como a quien no se imaginaba que existían escuelas dentro de las cárceles. O para alguien como yo, antes de haber atravesado el acceso a la cárcel, que los presos llaman *el chapón*.

La cuestión de mi libro

Ahí estaba yo, en la misma cárcel pero ahora yendo a la escuela y en aquel momento, yo pensaba que los muchachos pensarían que *alguien que conocemos no nos puede traicionar*. Pero no pensé que ellos se preguntarían: ¿acaso no era suficiente con lo que ya venía haciendo con nosotros (que es un “para nosotros”), que es como decir: ¿tantas ganas de venir al penal va a tener esta piba?

Por ello es que necesitaba una especie de coartada discursiva, porque “investigar” no es una misión muy bien considerada en ese ámbito.

Con Patricia lo discutimos bastante y no llegamos a ninguna conclusión y después de varios días de rumiar la cuestión, decidí que diría que iba a estar en la escuela para después escribir un libro sobre cómo es aprender estando preso. ¿Por qué un libro? Porque considerando el significado de un libro para los muchachos que había conocido en los talleres de comunicación: un libro es un objeto

hermoso, que tiene cierta importancia y merece respeto, es raro -o sea no muy común en la cárcel- y de apariencia inofensivo. Sobre todo, que los libros son lindos y que no le hacen mal a nadie, era algo que pensaba yo.

Unas tardes después, mientras estaba yo sola en el salón acomodando unos libros para una actividad de lectura en la escuela, se me acercó un estudiante de secundaria y me dijo:

– *Señora, usted que está acá con los libros, yo necesito que me consiga un libro, si me puede hacer el favor. Se llama “Los hijos del narco”, y es de Daniel Enz.*

– *¿Te interesa leerlo?* –le pregunté con total ingenuidad.

– *No, pasa que yo estoy en ese libro. O sea, el libro no habla de mí, eh. No es que yo soy hijo de un narco, sino que me dijeron que se cuenta algo que pasó y donde yo estuve. Y yo quiero saber si se cuenta tal como fue. ¿Usted me haría ese favor de conseguirme el libro? Yo se lo pagaría, ¿eh?*

Daniel Enz es un periodista de Paraná, quizás el más reconocido a nivel nacional, dueño de un periódico quincenal llamado Análisis que se basa en el tratamiento de las noticias políticas provinciales y de lo que derivó un sitio de noticias, Análisis digital. A su vez, Enz escribe libros a partir de investigaciones periodísticas en los cuales denuncia tramas delictivas vinculadas a los personajes del escenario empresarial y político.

La pregunta de este joven me llamó la atención pero no relacioné en ese momento su interés por aquel libro, con mi intención de escribir un libro sobre la escuela.

Sin embargo, la publicación de “Los hijos del narco” estaba generando un revuelo entre los detenidos de la Unidad Penal y muchos estaban viendo las formas de conseguirlo para ver qué decía y de quiénes: el tema estaba en los medios locales porque el libro estaba a punto de presentarse. Lo que en ese momento circulaba como rumor era que aparecían en el libro, como personajes, varios de los detenidos.

Desconociendo esto y sin haber advertido la señal que me había dado Hernán, el estudiante de la secundaria, fueron una serie de situaciones las que me indicaron que decir que iba a escribir un libro, había sido una mala idea.

En 2015, el tercero A me había sido definido por un maestro como *el aula donde todos son narcos, son más como nosotros*, una novecita en la que caminábamos de regreso a nuestras casas. Pues en esa aula es donde comenzó el revuelo sobre mi libro; la directora me dijo unos pocos días después que mencioné que estaba allí para escribir un libro:

– *Hablan de tu libro. Dicen que les preocupa que las cosas que vos escribas puedan llegar a comprometer sus causas, sus situaciones penales. Bueno, yo les dije que no era así, que jamás harías eso, que hace mucho que venís al penal a dar el taller de comunicación y que a vos no te interesaban sus causas. Que venís a la escuela para saber de la escuela.*

El libro de Daniel Enz, mientras tanto, estaba reviviendo internas de allí adentro, revelando distintas causas penales con nombres y apellidos y haciendo asociaciones que los presos comentaban que carecían de precisión y exactitud. Ahora bien, los estudiantes no me estaban preguntando directamente acerca del tema, si bien la cuestión se me fue acercando.

Unos días después, en el tercero A, estaba sentada junto con el grupo como habitualmente y la maestra Laura, antes de empezar su clase, dijo:

– *Está Gretel con nosotros. Estaría bueno que charlemos con ella, esto de que algunos habían comentado que tenían miedo que en su libro se digan cosas que los comprometa en sus causas, como ocurre con el libro de Daniel Enz, “Los hijos del narco”* –su planteo fue directo y algunos estudiantes me miraron y otros bajaron la cabeza.

Sin haberlo planificado con la maestra, ella me dio el pie para que yo pudiera hacer una comparación entre la investigación periodística y la que hacemos en la universidad, cuestiones que reconozco claramente distintas por oficio y formación. A lo que agregué:

– *En mi caso, estudio sobre la educación y lo que me interesa saber es cómo es la escuela de cárcel. No me importan sus causas, sino me interesan ustedes como estudiantes, como integrantes de esta comunidad educativa, como alumnos de tercero. Me parece interesante hablar de esta escuela porque, si no venís al penal, no la ves, nadie la ve. ¿Cuántas son las personas de afuera que saben que los presos estudian en una escuela?*

Los estudiantes me miraron y asintieron. Sobre la cuestión de mi libro quise dejar en claro las implicancias en relación a que mi producción final se vincularía con la escuela y con lo que allí pasaba.

Estaba preocupada porque tenía miedo que se sientan usados por mí y me pesaba saber que en esa acusación también venía conmigo el taller de comunicación y el trabajo que veníamos haciendo desde la Facultad. A su vez, sabía que las maestras confiaban en mí pero a su vez advertí que los cuestionamientos de los estudiantes también las hacían claudicar en relación a lo que hacía yo allí. Después de todo, también estaba monitoreando, de alguna manera su tarea.

Patricia nuevamente fue mi interlocutora en esto que comencé a llamar “la cuestión de mi libro” en mi cuaderno de campo. Ella me miraba mientras iba entrelazando las situaciones que se me habían presentando y asentía con la cabeza como pensando pero sin encontrar soluciones salvadoras y yo deseaba no estar atravesando alguno de los enredos sin salida en los que ella había estado como etnógrafa (Fasano, 2014). Su respuesta fue:

-- No sé qué decirte, pero me parece que tenes que seguir yendo y como siempre, confiada, no le aflojes y de a poco se va a ir aclarando lo de por qué estás yendo a la escuela. No te olvides que si los muchachos quieren referencias tuyas las van a encontrar entre los compañeros del taller. En una

de esas se te presenta una oportunidad para aclararlo, no hay que forzarlo.

Sólo sirvió para serenarme y para recordar que la etnografía siempre implica entuertos, confrontaciones. Ser etnógrafo es de alguna manera ser un buscapleito y eso es lo que creí haber esquivado cuando decidí investigar en un espacio donde yo ya estaba emparentada.

Esas primeras semanas seguí yendo pero evité mencionar lo del libro. Una tarde en clases en que yo estaba sentada al final del aula de segundo año, en un banco junto a un estudiante, entró Adrián, un compañero del taller de comunicación que siempre circulaba con libros que conseguía en la biblioteca del penal; en ese momento estaba cargando uno sobre la vida de JFK-. Me saludó y me preguntó, en voz baja pero lo suficientemente alto como para que los más cercanos escuchen:

– *¿Cómo se va a llamar tu libro?*

– *El título se pone al final, pero te aviso que escucho sugerencias* –le respondí.

El tema volvió a surgir en vísperas de las elecciones presidenciales de 2015, porque en los medios de comunicación se había instalado la cuestión de las condiciones de vida en las cárceles, a partir del argumento de la mano dura; los sentidos que se reproducían tenían que ver con que los presos vivían demasiado bien. Alberto de tercero A, reproduciendo el discurso de campaña de Sergio Massa dijo:

– *En Buenos Aires, los presos cobran 6 mil pesos por mes y acá nos pagan unas monedas, estamos re mal. Yo me voy a ir a un penal de Buenos Aires.*

– *Es verdad, acá hay compañeros que cobran 80 pesos y laburan un montón.*

De repente, todos hablaban en simultáneo y el tema me llevó a intervenir y levantar la mano, para dar mi opinión.

– *Esto que estamos charlando es lo que dicen en la tele, ¿no? Bueno, los medios de comunicación muchas veces cuentan las cosas que quieren contar a la manera en que desean hacerlo y esto hace que se genere odio en la gente, por ejemplo con esta versión de los sueldos de los presos. Que, además, no es cierto. Ya que hay penales federales que venden mano de obra a empresas y son las empresas las que pagan esos salarios, que en todo caso es lo que corresponde por ley. Lo que se remunera es el trabajo, y ustedes ya saben que nunca el salario de un preso es como el de una persona que no está en situación de cárcel. Siempre se busca aprovechar la situación a favor de los sectores empresariales o el Estado* –dije mientras todos me miraban y estaban en silencio.

En ese momento, Gabo me preguntó:

– *Y cuando escribas tu libro, ¿vas a tirar para el lado de ellos o para el de nosotros?* –en esa pregunta posicionó de un lado a un adversario casi invencible, el sentido común, los medios de comunicación, y del otro lado el nosotros, esos quienes estaban allí.

– *Voy a hablar de lo que pasa acá en la escuela, de lo que veo, pero obviamente a partir de lo que*

yo creo. Lo que pasa acá es algo que nadie viene a ver, ¿o no es así? Cuando se habla del libro de Daniel Enz, que es del libro que todos hablan porque habla de personas que conocemos, que están detenidas. Y yo les pregunto: ¿ustedes lo conocen a Enz? ¿lo han visto venir al penal? ¿ha venido a charlar con ustedes?

Mi perorata los dejó sin palabras. No respondieron nada y, de alguna manera, mi libro se transformó en algo que iba a reivindicar el lugar de ese nosotros, algo que estaba muy alejado de mis intenciones. A partir de eso, muchas veces los estudiantes de tercero B llegaron a la escuela y me dijeron algo así como: *tenemos algo para contarte para el libro y luego que yo te lo digo así nomás, vos vas a saber cómo contarlo.*

En aquella situación en la que se planteó la cuestión por los sentidos, por la forma en que la cárcel suele ser contada y la vida de los presos publicitada es que pude hacer uso de las potencialidades dialógicas de la etnografía para explicar qué hacía yo allí.

Terminar el TC (y la angustia de irse a escribir)

A fines del ciclo lectivo 2016 ya llevaba 500 páginas de notas de campo en las que había sido muy disciplinada. Todos los días después de haber ido a la escuela, que eran dos o tres veces a la semana, me sentaba de forma estricta a escribir y desarrollar lo que estaba en mi libreta en palabras sueltas. Cuando no lo podía hacer me grababa para luego transcribir.

Terminaba el segundo año de clases que había participado de la escuela y como el año anterior los muchachos me pidieron que diga algo en el acto de fin de año que ellos le decían la fiesta de la escuela. Leí una poesía cuyos primeros versos fueron estos:

Hoy les quería decir a todos
los que hacen a diario la escuela
que encontraron muchos modos
de apresarme, de hacerme quedar hasta que sea abuela.

No me puedo ir de acá, por más que quiera
Charlamos en el pasillo mientras fuman un pucho
y despacito saco la libreta que traigo en la cartera
ustedes hablan, yo mientras, escribo y escucho.

Era precisamente eso lo que me pasaba, no quería dejar el TC. Para las vacaciones de invierno mi directora me había sugerido que comience a dejar de ir a la escuela pero decidí no hacerlo porque se estaban generando varios proyectos que yo estaba interesada en ver cómo seguían y porque ya me

sentía como imprescindible en la escuela o bien porque era un tiempo diario en mi vida, que no sabría con qué llenar.

Lo siguiente, que era la escritura, se me presentaba como una caída al vacío. No sabía por dónde ni cómo empezar.

Me encontré con Patricia una tardecita dos días antes de Navidad, ya con los últimos cartuchos de energía que nos quedaban en el año y nos sentamos bajo un árbol junto a la galería de su casa.

--Estás en condiciones de armar un índice --me dijo y en ese momento la mente se me vino a blanco total y sentí ganas de llorar, atragantada.

Sólo sabía que tenía en mi mochila el budoque de notas de campo y que me imaginaba comenzando un relato a partir de la fuga de un estudiante porque era una escena que me podía llegar a permitir articular todos los elementos necesarios para empezar a contar una escuela de cárcel. Esto no se me había ocurrido a mí, me lo habían advertido en las Jornadas de Etnografía y Procesos Educativos, donde también me indicaron que el artículo que presenté para esa ocasión era una ensalada de cosas, de las cuales no profundizaba ninguna.

Es decir, mi estado era de crisis identitaria en cuanto a mi deber, de duelo por dejar la escuela y de sentirme perdida en mi propia experiencia que tenía que reescribir para hacer eso para lo que había ido, una tesis. Patricia me preguntó:

-- ¿Qué continuidades encontrás en esas notas?

Yo la miraba.

-- ¿Cuáles son los nudos fuertes del trabajo de campo que tenemos que desatar para mostrar qué sentidos le atribuyen a la escuela los muchachos?

Yo la seguía mirando, y esta vez sí lloré.

Ella estaba haciendo lecturas de mis registros y tratando de traerme de nuevo a mi propia pregunta de investigación. Y todo eso ya no estaba en mí, estaba quién sabe dónde.

Miramos juntas el cuaderno de campo y las continuidades que vimos, que yo había vivido y escrito y que ella había leído eran los momentos, como rituales propios, que hacían a esa escuela y que la diferenciaban de cualquier otra escuela del “medio libre”. Ese momento en que me fui con una primer indicio para imaginarme el texto que luego escribiría fue cuando comencé a entender que había algo después del TC, no ya un vacío.

Tal como refiere Jeanne Favret-Saada cuando reflexiona sobre los procesos de conocimiento en el trabajo de campo, cuando nos sentimos afectados por la experiencia que estamos viviendo: “cuando se la narra, no es posible comprenderla. El tiempo para el análisis viene después” (Favret-Saada 2013: 66).

¿Qué pasa cuando en estos procesos no tenemos quien nos lea, quien nos dé la mano para no sentirnos solxs en “el camino de la investigación que es siempre difícil, sujeto a muchas caídas” (Cardoso de Oliveira: 2018:113)

Si bien considero lo que Cardoso de Oliveira en *Mirar, escuchar, escribir* dijo recuperando a Apel: “Alguien ya escribió que el hombre no piensa en soledad, en un monólogo solitario, sino que lo hace socialmente, en una “comunidad de comunicación” y de “argumentación” (2018:116). No basta con esa comunidad de sentido en la cual nos formamos en la universidad y es la que nos permite pivotear entre la experiencia del campo y el análisis desde las perspectivas teóricas sino que además es necesario quien/es vaya/n acompañándonos más de cerca para que esos momentos de encrucijadas no nos quiebren.

Cuando hablo de “quebrar”, lo hago en el sentido en el que lo aprendí en la cárcel y donde se expresa con mucha más crudeza e indignación la situación en que las circunstancias de soledad, de injusticia que atraviesan las personas presas las encuentran sin contención, como en un callejón si salida y, por ello, se entregan a su suerte que suelen ser abusos, adicciones, a buscar peleas que es lo que se conoce como tumbar.

No quiero decir que el trabajo etnográfico vaya a denigrarnos pero sí puede llevarnos a la angustia si no tenemos quien, con preguntas, nos lleve de vuelta hacia donde vinimos. Estas preguntas que me fui haciendo en el recorrido en el recorrido y las situaciones que comparto y que me presentaron en mi experiencia de TC, es lo que abro e invito a pensar en circunstancias de estas JEMC 2020.

Bibliografía utilizada:

Cardoso de Oliveira, R. (2018) *El trabajo del antropólogo: mirar, escuchar, escribir*. En Guber, R. (coord. gral.) *El trabajo de campo en América Latina*. Tomo I. Buenos Aires: Paradigma Indicial.

Fasano, P. (2014) *Enredada*. Dilemas sobre el proceso etnográfico de investigación de un chisme y su publicación. En Guber, R. (comp.) *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Favret-Saada, J. (2013) “Ser afectado” como medio de conocimiento en el trabajo antropológico. En *Ava* N° 23 Año 2003. Pp. 49-67.